

Hugo Gutiérrez Vega

# La devoción por López Velarde

Gonzalo Celorio

*El pasado 11 de septiembre en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, Hugo Gutiérrez Vega pronunció su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, titulado La poesía y la novedad de la patria. En su respuesta a éste, Gonzalo Celorio destaca la devoción de Gutiérrez Vega por el poeta jerezano Ramón López Velarde.*

Jurista, literato y comunicólogo por formación, comediante por vocación y difusor de la cultura por oficio. Maestro universitario en México y en media docena de países de América y Europa, rector de Universidad y defensor, en su momento, de su amenazada autonomía. Periodista y director de suplementos culturales y revistas literarias. Consejero de cultura en las misiones diplomáticas de México en Estados Unidos, España, Italia, Brasil y Puerto Rico; embajador ante Grecia y los países concurrentes de Líbano, Chipre y Moldova; conocedor del griego moderno y de sus poetas. Conversador sabroso e incansable, memorista de picantes versos populares que resuenan en las pastorelas navideñas y amante de boleros, guarachas y rancheras. Narrador oral de supercherías, fabulaciones y sucesos de la provincia de Lagos de Moreno por la que transcurrió su infancia, deslumbrada ya por la poesía de Francisco González León. Poseedor de un inmenso patrimonio poético que brota de su lengua con generosidad y transparencia de ma-

nantial. Y, ante todo, sobre todo, gracias a todo y a pesar de todo, poeta. Poeta fecundo y peregrino, poeta del amor y la memoria, del viaje y de la vida sedentaria, de la amistad y la conversación, de la erudición libresca y del “desmadre, el cotorreo y la chacota”, como dice Marco Antonio Campos; poeta de la devoción a la poesía misma y a los poetas afines que incidieron en la articulación de su propia voz —Yeats, Vallejo, Seferis, Cavafis, Alberti, López Velarde—. Todo eso es, por serlo o por haberlo sido, Hugo Gutiérrez Vega.

En el año de 1965, Rafael Alberti le dedica un poema a Hugo Gutiérrez Vega, a la sazón consejero cultural de la embajada de México en Italia. El poeta gaditano, que habiendo sido marinero en tierra se encuentra desterrado en Roma, se asombra de que en los tiempos difíciles que corren, un poeta treintañero sea capaz de persistir en la construcción del amor con palabras que se lleva el viento cuando al mismo tiempo se conduce hasta el grito de la miseria, la impotencia, la desespe-

ranza humanas que el ojo omnipresente de Dios contempla con indiferencia, como lo plasmó el coraje de Picasso en el *Guernica*. Dice Alberti:

Raro es en estos días,  
en estos tiempos ásperos, de hombros  
que se encogen impunes ante la injusta muerte  
cuando parecería  
que el turbión de la sangre y los escombros  
segase al hombre todos los sentidos,  
raro es ver que el poeta en la alta noche  
puede oír el temblor de un corazón desnudo,  
construir el amor a la distancia,  
decir esas palabras que se lleva el viento...  
a la vez que escuchar el gemido del toro,  
la espantada agonía del caballo tundido,  
el grito de la madre  
con la boca sin vida del niño entre los senos  
o el gran ojo de Dios,  
gloriándose, impasible, de sí mismo,  
en tanto que hacia él asciende de la tierra  
el descompuesto vaho de una nada ya inerte.  
Que el buen amor, amigo, y la esperanza  
nunca jamás te dejen de su mano.

Estos versos seguramente fueron la respuesta a los dos poemas que Hugo Gutiérrez Vega, a semejanza del joven porta Franz Kappuz que acudió a Rilke en busca de orientación vocacional, ha de haber sometido al escrutinio de Alberti: Uno, “El viento y las palabras”, en el que se lee:

Sobre los labios la palabra crece  
y encuentra su ascensión.  
Nada podrá callarnos.  
El siglo,  
cárcel gris, inútil agua,  
escuchará la voz:  
monótona caída  
en el silencio  
preñado de poesía.

Otro, titulado precisamente “El mural de Guernica”, que termina con estos versos:

Sólo queda gritar,  
gritar hasta que el viento  
nos muestre una salida.

La respuesta de Alberti equivale a las *Diez cartas a un joven poeta* que Rilke le dedicó a Kappuz, pero tuvo mejores frutos, porque si algo queda claro después de escuchar su discurso, es que a Hugo Gutiérrez Vega no lo han dejado de su mano ni el buen amor ni la esperanza, con los que Alberti lo bendijo en sus parabienes.

Desde sus *Poemas del amor joven* hasta sus *Quejas pre-jubilatorias*, su poesía no ha cesado de cantar el buen amor, aquel que en los albores de nuestra poesía loó con agudeza e ingenio el arcipreste de Hita, quien ruega a Dios que le dé la gracia de escribir un libro “que los cuerpos alegre é á las almas preste”. Y no ha perdido la esperanza de que se sacien los anhelos de paz, de serenidad, de solicitud que abrigó López Velarde en su ensayo *Novedad de la patria*.

He dicho que Hugo Gutiérrez Vega es, ante todo, un poeta. Pero es un poeta que no sólo escribe poesía, sino que reflexiona sobre la poesía: su condición, su naturaleza, su finalidad.

Sabe de antemano que no podrá definir lo inefable ni aprehender lo inaprensible, pero encuentra afinidades sustanciales en las voces de numerosos poetas —de Rubén Darío a José Gorostiza, de T. S. Eliot a Derek Walcott, de Eugenio Montale a José Lezama Lima— que han tenido resonancia en la configuración de su propia poética. Entre todas ellas, la más sonora a pesar de su tono menor, la más potente a pesar de su sigilo, la más vigorosa a pesar de su introspección, es la voz de Ramón López Velarde, el padre soltero de la nueva poesía mexicana, como Hugo lo nombra en un poema en el que le habla de usted y le llama “Mi señor Don Ramón”. A esta afinidad dedicaré mis comentarios al discurso que hemos escuchado.

La devoción que Gutiérrez Vega le profesa a López Velarde no se limita a la admiración que tiene por la obra del poeta jerezano. Va más allá de los meros gustos personales y revela su afinidad a ciertas características que Xavier Villaurrutia, en buena medida para inscribir en el canon de la poesía mexicana su propia obra —tildada en su momento de extranjerizante—, consideró propias de nuestra tradición poética: la preeminencia de la lírica sobre la épica, el tono menor, la intimidad, la contención, el rigor formal, la hondura reflexiva. Una tradición que se remonta a los tiempos primigenios del criollo Francisco de Terrazas, que en el siglo XVI intenta escribir un largo poema épico, que sólo perdura por sus contados pasajes líricos; continúa en el siglo XVII con Juan Ruiz de Alarcón, de cuya incipiente mexicanidad se ocupó Pedro Henríquez Ureña, y sor Juana Inés de la Cruz —los dos Juanes de América, como cariñosamente los llamó Alfonso Reyes—; se vuelve propiamente mexicana al comenzar el siglo XX con López Velarde, sigue, según Villaurrutia, con Luis G. Urbina y Enrique González Martínez, poetas del crepúsculo y de la noche respectivamente, y desemboca en los poetas de Contemporáneos —Gorostiza, el propio Villaurrutia y, aunque no lo parezca a primera vista por el colorido tropical y la temperatura de cuarenta grados a la sombra que predomina en su poesía, por el Carlos Pellicer de *Recinto* y *Hora de junio*.



© Javier Navarro

Hugo Gutiérrez Vega

Hugo Gutiérrez Vega destaca el tono menor de la poesía de Ramón López Velarde, ese tono pudoroso que lo lleva a cantar a la patria con una épica sordina, en voz baja, amorosamente, silenciosamente. En su *Introducción a la poesía mexicana*, donde le asigna a nuestra expresión lírica el color de la perla y la hora del crepúsculo, Villaurrutia señalaba, como uno de los rasgos más notables de nuestra poesía, su tono de intimidad, de confesión, de susurro. “El mexicano es por naturaleza silencioso —dice— ... si no sabe hablar muy bien, sabe en cambio callar de manera excelente”. Y así, siguiendo la “partitura del íntimo decoro”, López Velarde le canta a la patria, una patria cercana, donde *el tren va por la vía como aguinaldo de juguetería*, una patria por cuyas calles provincianas que relucen como espejos, *se vacía el santo olor de la panadería*, una patria femenina —niña, joven, madre—, bella, alegre, humilde a pesar de sus riquezas, vestida de percal y de abalorio, cálida, festiva, modesta, recatada, íntima, virtuosa. En fin, una patria suave. Suave patria, cantada, paradójicamente, en tiempos todavía de aspereza nacional. Ciertamente. En nuestra tradición literaria la poesía lírica ha desplazado a la poesía épica, que no encuentra feliz acomodo en nuestra expresión. Así lo corrobora la magnífica antología *La patria en verso. Un paseo por la poesía cívica en México* que acaba de dar a la imprenta Felipe Garrido, en la que se advierte la propensión velardeana de tratar los temas civiles con timbres líricos. El propio Hugo Gutiérrez Vega, cuando trata de elevar la voz, fracasa:

Ahora, en esta sombra sarcástica  
habitada por pequeños seres  
coludos, cornudos y variopintos,  
me aclaro la garganta  
y busco ese tono mayor

que, de acuerdo con el maestro Chumacero,  
no tienen mis alientos poetizantes.

Lo intento y se me cae,  
me gana la risa  
y la autocompasión lo gana todo,  
pues es una oronda señora  
de narices violáceas  
y enorme culo morado.

Fracasa como fracasó Francisco de Terrazas —ya lo dije— cuando intentó cantar las glorias de la conquista que perpetraron sus mayores. Al poeta criollo, un *junior* de su tiempo, le quedó grande la trompetería guerrera de la épica y dejó inconcluso su ambicioso poema *Nuevo mundo y conquista*. Acaso gracias a esa incompetencia para cantar ajenas hazañas pudo articular refinadísimos sonetos de corte petrarquista que inauguran la tradición lírica mexicana. Y en ese fracaso reside, como en López Velarde, como en Gutiérrez Vega, el triunfo de su lírica.

*La suave patria* es nuestro mayor poema civil, el que guardamos con gran delicadeza en la memoria del corazón, el que aflora entre la lengua y el paladar cada vez que pensamos en la patria, y cuya suavidad acaso nos conmueve más que las aguerridas estrofas, fraseadas en decasílabos heroicos, de nuestro himno nacional, beligerante, sí, pero tartamudo, porque la música, compuesta para versos endecasílabos, nos obliga, cuando lo cantamos, a repetir una sílaba en cada uno de los versos decasílabos con los que lo compuso González Bocanegra. Pero López Velarde no sólo escribió el poema, fechado el 24 de abril de 1921 —menos de dos meses antes de su muerte—, sino que lo hizo preceder de un luminoso y entonces esperanzador ensayo titulado *Novedad de la patria*, que viene siendo el sustento ideológico del flujo lírico de *La suave patria*, y al que Hugo Gutiérrez Vega



retrotrae en su discurso para señalar la vigencia de los postulados que nuestro poeta mayor sostuvo hace casi un siglo, cuando parecía que la Revolución mexicana había llegado a su fin, y que ahora, noventa años después, cuando la paz se ha vuelto a quebrantar, debemos releer y reasumir.

No puedo dejar de mencionar, en este recuento de las afinidades que guarda la poética de Hugo Gutiérrez Vega con la poesía de López Velarde, la importancia de la adjetivación, tan subrayada en su discurso como el elemento en el que reside la originalidad y la fuerza del poema. Y es que el adjetivo no es asunto menor o secundario, como podría pensarse. Y no lo es porque en la poesía, si se me permite una extralimitación que en este foro podría considerarse delito de lesa gramática, los adjetivos son sustantivos. Si, como sentenciaba Vicente Huidobro, “el adjetivo, cuando no da vida, mata”, López Velarde, acaso como todos los poetas, busca el adjetivo brillante, pertinente, original, exacto, que concuerde felizmente con el sustantivo —que le dé vida: “ojos inusitados de sulfato de cobre”, “el viudo oscilar del trapicio”, la “gota categórica”, el “brocal ensimismado”. Sin embargo, a lo largo de su obra, el poeta rebasa este presupuesto de adecuación feliz para disponer del adjetivo con otras finalidades: violentar el sustantivo, apremiarlo, retarlo, subvertirlo, corromperlo, contradecirlo —esto es modificarlo en su esencia para entregarnos, como producto de semejante pugna, una imagen inédita, que ya no procede del descubrimiento afortunado sino de la creación temeraria: “cataratas enemigas”, “fresnos mancos”, “orgía matinal”. Estos adjetivos nombran lo no nombrado: son sustantivos, pues. Xavier Villaurrutia dice que a López Velarde, “como a todo buen poeta, le quedaba el recurso de hacer pasar los nombres por la prueba de fuego del adjetivo: de ella salían vueltos a

crear, con la forma inusitada, diferente, que pretendía y muy a menudo alcanzaba a darles. Recobrando una facultad paradisiaca, dióse, como Adán o como Linneo, a nombrar las cosas adjetivándolas...”. Gutiérrez Vega alaba la fidelidad a la emoción original en la poesía de López Velarde e implícitamente el rigor con el cual logra que esa emoción primigenia se plasme en el poema. Y es que López Velarde se declaró enemigo de la palabra por la palabra y pronunció, como declaración de principio, la frase que, en mi opinión, es cifra de su poética: “yo anhe-lo expulsar de mí cualquier palabra, cualquier sílaba que no nazca de la combustión de mis huesos”.

La aportación mayor del discurso de Hugo Gutiérrez Vega reside en una paradoja: la de la inutilidad consustancial de la poesía, gracias a la cual acaba por ser tan necesaria como el pan, el vino y la sal.

Los poetas dijeron versos  
y agitaron sus plumas en el gran salón.

Al día siguiente varias sirvientas  
lucieron plumas de pavo real  
en sus sombreros viejos.  
Ellas opinan que los recitales son útiles  
a la república.

Hugo querido, mucho me honra darte la bienvenida, en nombre de nuestros compañeros, a la Academia Mexicana de la Lengua. Tu palabra, aquilatada e insurrecta, rigurosa y desparpajada en tu poesía; *bazar de asombros* en tu prosa; inagotable y memoriosa en tu conversación, habrá de discurrir felizmente en el seno de la Academia, cuyas tareas, por ser inútiles —y por ende lujosas—, acaso acaben siendo tan necesarias como la extracción de la sal, la crianza del vino y el horno del pan. **u**